



Usos del pasado y politización en las atribuciones  
de “intelectual” o “experto” en el campo  
psiquiátrico argentino (1955-1983)\*

Sergio E. Visacovsky  
Departamento de Ciencias Antropológicas  
Universidad de Buenos Aires

## **Resumo**

*En la Argentina, se ha empleado la politización y la despolitización para producir consecuencias en los mundos expertos o profesionales. Pretendo mostrar esta operatoria centrándome en las transformaciones operadas en la persona de uno de los más eminentes psiquiatras argentinos, Mauricio Goldenberg, quien desde la segunda mitad de la década de 1950 hasta comienzos de los años 1980 ha ocupado diferentes cargos en tanto funcionario estatal, debido a su calidad de "experto" en materia psiquiátrica – y, a su vez, ha asumido atributos intelectuales al constituirse en un héroe cultural que humanizó la atención de los pacientes psiquiátricos, a la vez que convertido en el padre de una genealogía "progresista" y "democrática" del psicoanálisis y de la psiquiatría argentina.*

## **Palabras-chave**

*Mundos profissionais, politização, intelectuais, psiquiatria, Argentina.*

## **Abstract**

*In Argentina, both politicization and depoliticization have been used to produce outcomes in expert or professional worlds. I try to demonstrate it focusing on the transformations undergone by the person of one of the most eminent Argentinean psychiatrists, Mauricio Goldenberg. From the second half of the fifties to the beginning of the eighties, Dr. Goldenberg has held different positions as state civil employee, due to his quality of "expert" in psychiatric matters. As well, he has assumed intellectual attributes when constituting itself in a cultural hero that humanized the attention of the psychiatric patients, becoming on the same time the father of a "progressive" and "democratic" genealogy of the Argentinean psychoanalysis and psychiatry.*

## **Keywords**

*Professional worlds, politicization, intellectuals, psychiatry, Argentina*

Usos del pasado y politización en las atribuciones de "intelectual" o "experto" en el campo psiquiátrico argentino (1955-1983)\*

Sergio E. Visacovsky

En 1992, apareció publicado en la prestigiosa revista argentina *Punto de Vista*<sup>1</sup> un debate entre el historiador de las ideas Oscar Terán<sup>2</sup> y la socióloga Silvia Sigal<sup>3</sup>, a propósito de dos libros suyos aparecidos casi simultáneamente en 1991. Aunque diferían en sus enfoques, ambos libros tocaban temáticas comunes: la conformación de un dominio de ideas producidas y consumidas por filósofos, escritores, artistas y representantes de las disciplinas sociales y humanas en el período 1955-1966 en la Argentina. Teniendo como principal escenario las instituciones académicas, profesionales y las así llamadas "culturales", estas ideas se desarrollaron en un período caracterizado por la inestabilidad política y la polarización ideológico-política de la sociedad, ideas de las que se nutrieron y a las cuales transformaron en objeto privilegiado de sus reflexiones.

En efecto, ambos libros se iniciaban con el derrocamiento del gobierno constitucional del General Juan Domingo Perón en manos de la coalición cívico-militar autodenominada "Revolución Libertadora" en 1955, y concluían con el derrocamiento del presidente radical Arturo Illia por otro golpe militar en 1966, a su vez autodenominado "Revolución Argentina". Estos episodios habían tenido profundas implicancias en el mundo académico y cultural, y delimitaban un período que permanece aún en la memoria colectiva de la academia argentina como la "Edad de Oro" de la universidad y la ciencia, al que se juzga único, irrepetible, y cuya interrupción ha tenido consecuencias ulteriores irreparables.

Terán sostenía que su libro, titulado *Nuestros años sesenta*, se ocupaba del ideario filosófico de los jóvenes intelectuales que "nos

incorporamos" a la "nueva izquierda argentina" (Sigal & Terán 1992:42-43); a su vez, en *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Sigal analizaba el proceso de constitución de "un nuevo espacio intelectual en el mundo académico, en relación con una agenda política específica". Sigal consideraba la dificultad de alcanzar una definición de "intelectual" fructífera para aquellos investigadores que necesitasen llevar a cabo una delimitación empírica de su población de estudio, pero puntualizaba que la relación entre ciertas ideas y la tematización de la coyuntura política resultaba algo decisivo al respecto. Terán, por su parte, se limitaba a preguntarse si ciertos personajes por él elegidos eran *representativos* de los intelectuales, en virtud, por ejemplo, de su "calidad" en la producción de ideas y textos (Sigal & Terán 1992:43-44).

Ahora bien, a los fines de este trabajo, los tratamientos sobre el autodenominado "campo intelectual argentino" producidos por Terán y Sigal importan menos que *sus procedimientos clasificatorios como "intelectuales" especializados en estudiar* –en hablar sobre– "intelectuales". Tanto Terán como Sigal proporcionaban claves importantes para pensar el campo de los "intelectuales" en la Argentina, ¡y no sólo porque se habían ocupado explícitamente de estudiarlos! Ambos coincidían en pensarlos en relación con la dimensión política, más emancipados de su condición de *expertos, profesionales o académicos* en el caso de Terán, menos en el de Sigal. Aunque Sigal evidenciaba una mayor preocupación por construir una noción analítica del "intelectual"<sup>4</sup>, *ambos parecían disponer de un conocimiento que les permitía reconocer cuándo estaban en presencia de "intelectuales", y cuando no.*

Lo que quiero poner de manifiesto es hasta qué punto los estudios sobre "intelectuales" en la Argentina constituyen expresiones de perspectivas nativas no problematizadas. En realidad, investigaciones excelentes y valiosas como las de Terán y Sigal reflejan el estado de un campo, esto es, de las relaciones de fuerza entre agentes (Bourdieu 1975, 1983, 1998) que apelan a la categoría de "intelectual" como un recurso que les permite incluir en ella a ciertos actores y excluir a otros; de este modo, el campo opera sobre la base de distinguir "auténticos intelectuales" de quienes no lo son. En la Argentina, gran parte de los estudios sobre "campos intelectuales", sobre los procesos históricos que los conformaron, están comandados por las luchas clasificatorias presentes, las cuales operan como una suerte de gramática ordenadora del pasado. Si

como sostiene Zygmunt Bauman (1987), la categoría "intelectual" constituye más un procedimiento de distinción, delimitación y conformación de categorías aceptables versus inaceptables, estas operaciones clasificatorias pueden formar parte de los mismos esfuerzos que los investigadores llevan a cabo para delinear su población de estudio y, simultáneamente, comprender sus luchas pasadas. Así, un investigador interesado en estudiar "pasados intelectuales" podría estar proyectando sus batallas presentes tan sólo enfrentando el dilema de decidir quiénes participarían de su muestra de "intelectuales", y quiénes no.

Como lo ha demostrado Katherine Verdery (1995) para analizar el campo de los historiadores y escritores de la Rumania de Nicolae Ceaucescu, este enfoque es más apto para la investigación etnográfica o etnohistórica, que debe atender al problema de la distinción entre los puntos de vista del investigador y del mundo nativo. En especial, esta perspectiva se torna urgente en la Argentina, debido a que los investigadores, a menudo, asumen las tareas de delimitación de los agentes participantes de un campo recurriendo a los mismos criterios de "distinción intelectual" que los constituyen a sí mismos en tanto tales. La operación que permitiría escapar a la lógica reproductiva del campo descansaría en, ante todo, no predeterminedar mediante una definición abstracta qué es un "intelectual", para luego identificar grupos o sectores de la sociedad; mejor, resultaría imprescindible identificar grupos o sectores que apelen a dicha categoría como un modo de adscribirse a sí mismos y a otros, identificando qué atributos o cualidades consideran definitorias a la hora de establecer distinciones entre intelectuales y no intelectuales, o entre intelectuales aceptables y no aceptables.

Si siguiésemos los criterios expuestos por Sigal y Terán para delimitar su población de "intelectuales", veríamos que lo hacen en función de sostener una forma de relación con lo político; para ambos, las preocupaciones de ciertos agentes participantes del ámbito académico o universitario, de las letras o de las artes o de otras esferas culturales y profesionales *por aspectos asumidos como políticos* resultaría crucial a la hora de distinguir a quiénes les cabría con todo derecho ser calificados en tanto "intelectuales". Ahora bien, ya he dicho que esto no sólo constituye una operación clasificatoria nativa; también es indispensable saber que este procedimiento se torna problemático en países como la Argentina,

ya que, como lo han mostrado entre otros Federico Neiburg (1998), lo político es empleado como un recurso interpretativo e identitario aún por aquellos que no apelan explícitamente a definirse como intelectuales, sino como *especialistas, técnicos o expertos*. Por esta razón, resulta imprescindible incluir el análisis de los recursos propiamente culturales mediante los cuales estos agentes atribuyen a otros o se confieren a sí mismos cualidades colectivamente identificadas como “políticas” o “no políticas”<sup>5</sup>. Voy a designar a los procesos resultantes de la puesta en acto de estos recursos culturales como *politización y despolitización*<sup>6</sup>.

Como se puede vislumbrar, por el modo en que aquí se aborda, la *politización* no implica, necesariamente, ni la ruptura de los límites de esferas no políticas, o el afianzamiento de las fronteras de la autonomía profesional; en tanto recursos culturales, cumplen papeles principalísimos a la hora de refundar un orden, producir olvidos, asegurar silencios, y alcanzar una nueva legitimidad. Por supuesto, aunque suene paradójico, no debe confundirse esta dinámica con el hecho cierto de que se trata de una auténtica *lógica política*. Para ser claro: la *politización* no implica la ruptura de los límites o las autonomías a favor de la política, sino *el uso de sentidos políticos en un dominio social específico*. En otros términos: *lo político aquí no emerge de ni lleva necesariamente a una crítica de los fundamentos del orden social, sino que es empleado para producirlo*. Lo que pretendo es trazar una diferencia entre los procesos de adopción de intereses políticos por parte de agentes, en tanto ciudadanos (Hirschman 1979), de aquellos procesos en los cuales, independientemente de los intereses políticos, lo político sirve a los fines de producir, reproducir o renovar intereses no políticos.

Mi apelación a este enfoque tiene sentido, recordemos, debido a que lo político es utilizado como un recurso interpretativo e identitario<sup>7</sup>, por parte de especialistas, técnicos o expertos, en suma, *profesionales*. Como veremos, en la Argentina se ha empleado este recurso para producir consecuencias en la propia esfera de acción social de los mundos expertos o profesionales. Apelar a la categoría intelectual en vinculación con lo político constituye una operación de distinción/separación cuyo efecto pretendido es *politizar el campo social* al que se aplica (poniendo en evidencia, por ejemplo, cómo algunos rehuirían definir sus posiciones en relación con lo político, siendo en consecuencia expulsados del mundo aceptable debido a que rechazarían –o se les impediría– adoptar lo político como el

principio consagratorio principal). Lo que mostraré en este trabajo es, en primer término, cómo, en diversas circunstancias históricas, la consagración de los agentes "expertos" se fundó en operaciones políticas que invocaron la politización o despolitización de los campos profesionales específicos con propósitos legitimadores o deslegitimadores; y, en segundo término, cómo los sentidos que asumieron las mismas y los efectos sobre los campos respectivos fueron histórica y contextualmente variables.

Pretendo mostrar esta operatoria centrándome en las transformaciones operadas en la persona de uno de los más eminentes psiquiatras argentinos, Mauricio Goldenberg, quien desde la segunda mitad de la década de 1950 hasta comienzos de los años 1980 ha ocupado diferentes cargos en tanto funcionario estatal, debido a su calidad de "experto" en materia psiquiátrica; y, a su vez, ha asumido atributos intelectuales al constituirse en un héroe cultural al que se le atribuye la humanización de la atención de los pacientes psiquiátricos en el país, a la vez que fue convertido en el padre de una genealogía "progresista" y "democrática" del psicoanálisis y la psiquiatría argentina.

### **Políticamente puro, y además *experto*.**

Nacido en 1916, Mauricio Goldenberg estudió medicina en la Universidad de Buenos Aires, especializándose en psiquiatría. Sus prácticas médicas las había llevado a cabo en el Hospicio de las Mercedes (actualmente el Hospital Neuropsiquiátrico Borda), formándose al lado de figuras como Gonzalo Bosh<sup>8</sup>, un influyente psiquiatra en los años 1930 y 1940; Carlos Pereyra, jefe del Servicio, quien lo inició en la psiquiatría fenomenológica francesa; Eduardo Krapf, psiquiatra alemán discípulo de Oswald Bumke en Berlín, que había terminado su formación de didacta en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), y que lo introdujo en el psicoanálisis; y Enrique Pichon Rivière, uno de los miembros fundadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) en 1942. Goldenberg fue en sus comienzos un psiquiatra compenetrado en la tradición local<sup>9</sup> y un típico representante de los intereses y perspectivas de la Liga Argentina de Higiene<sup>10</sup> Mental<sup>11</sup>, en cuya revista publicó sus primeros artículos científicos. Enseguida su nombre circuló por las principales publicaciones del ambiente médico-psiquiátrico: los *Archivos de Neurocirugía*, la revista *Neuropsiquiatría*,

*La Prensa Médica Argentina y Acta Neuropsiquiátrica Argentina*. A comienzos de los años 1950, Goldenberg aparecía como un psiquiatra fuertemente compenetrado con su campo disciplinario<sup>12</sup>, involucrado en las temáticas tradicionales, y muy receptivo a los desarrollos de la neuropsiquiatría<sup>13</sup>, puesto que no sólo desplegaba su práctica médica en el hospicio más importante del país, sino que también era apadrinado por las figuras centrales y más poderosas del medio psiquiátrico local, lo que le permitía estar presente en las principales publicaciones y en las asociaciones académico-profesionales.

Hacia la segunda mitad de los años 1950, Goldenberg contaba con suficientes méritos para erigirse en una figura relevante del medio psiquiátrico argentino; por tal razón, fue uno de los convocados para la transformación del sistema sanitario en general y psiquiátrico en particular a partir de la nueva gestión iniciada en 1955, con el gobierno de la autodenominada "Revolución Libertadora", la coalición cívico-militar que derrocara al gobierno constitucional del General Juan Domingo Perón (1946-1955). Sin embargo, es indispensable detenerse precisamente en sus méritos y, muy especialmente, en el modo en que fueron interpretados a partir del nuevo contexto emergido tras el derrocamiento del gobierno peronista. Lo que quiero enfatizar aquí es que los señalados méritos debían, por un lado, permitirle alcanzar el lugar de *experto*, indispensable a los fines de que su conocimiento fuese reconocido como "aceptable". Como vemos, la carrera de Goldenberg –organizada de acuerdo a estrictas normas de profesionalización y formación académica nacional e internacional– le permitieron alcanzar dicho reconocimiento de "experto". Mas en 1955, la persona del *experto* debía reunir otra condición, crucial: no ser sospechoso de simpatías con el régimen depuesto.

La "Revolución Libertadora" se había erigido como un proyecto de retorno a los ideales liberal-democráticos, sumando dos nuevos elementos: la "modernización" y el "desarrollo". Dichos conceptos pivotaron los once años comprendidos entre 1955 y 1966, entrelazándose y constituyéndose en ejes de las reformas económicas, políticas, sociales y culturales, asentándose en una visión de la Argentina como un país estructuralmente "atrasado", aislado del mundo "desarrollado" representado por los Estados Unidos y los países europeos reconstruidos tras la II Guerra Mundial. Parte del diagnóstico sobre la situación argentina descansaba en

su escaso desarrollo científico, comparativamente con otros países de la región pero, muy especialmente, con los Estados Unidos. Así, en el período postperonista florecieron la investigación y la formación, la recepción de las transformaciones científico-tecnológicas, y la proximidad con las principales corrientes mundiales de producción científica<sup>14</sup>. Las universidades fueron profundamente transformadas, modificándose su organización (se crearon los *departamentos*), se enfatizó la vinculación entre la docencia y la investigación, y se procedió a crear nuevas carreras, especialmente en el campo de las "ciencias sociales", que debían diferenciarse de las hasta ahí clásicas "humanidades"<sup>15</sup>. Como en otros campos, pues, también a la psiquiatría le esperaban transformaciones orientadas por los principios "modernizadores", que debían llevar a cabo los "expertos".

Así, en diciembre de 1956 se creó la Dirección de Salud Mental<sup>16</sup>, antecedente directo del Instituto Nacional de Salud Mental (INSM, en adelante) fundado en octubre de 1957 (Calvo 1992:13-14)<sup>17</sup>. Goldenberg fue convocado para formar parte por unos pocos meses de la dirección técnico-administrativa (en manos de uno de los suborganismos del INSM, el Consejo Nacional de Salud Mental), para luego integrar la Comisión Nacional Asesora de Salud Mental (también parte del INSM) en los períodos 1957-58, 1958-1959 y nuevamente en 1961. Además, Goldenberg fue uno de los conferencistas permanentes de la Comisión Argentina Asesora en Salud Mental (un organismo no gubernamental que organizaba reuniones de discusión sobre la problemática psiquiátrica); fue uno de los profesores al frente de dos de las cátedras (en su caso, la de Semiología, Clínica y Terapéutica Psiquiátrica, junto a, entre otros, Pichon Riviére y Pereyra) que componían otra flamante creación, la Residencia para Becarios (que posibilitaba la formación para médicos psiquiatras de todo el país en el Neuropsiquiátrico de Hombres)<sup>18</sup>. La activa participación de Goldenberg en áreas públicas del nuevo gobierno no deja lugar a dudas respecto a su reconocimiento como un *experto* en materia psiquiátrica, que formaba parte de un grupo que ya desde 1955 discutía la posibilidad de introducir cambios en el sistema asistencial y en la administración hospitalaria. En tal carácter, aparecerá poco más tarde denunciando la "tremenda situación de nuestros hospitales, empobrecidos, dispensarios de mala asistencia a una enorme cantidad de pacientes que los colman", atendidos por escaso personal técnico. Afirmaba

que el problema era difícil, y que “en nuestro país no ha recibido hasta el presente ni la suficiente atención ni las soluciones necesarias” (Goldenberg 1958:401). Y reclamaba como solución la reorganización de los hospicios y la apertura de consultorios externos y servicios de psiquiatría en hospitales generales, demanda que armonizaba con las tendencias mundiales de los países llamados “desarrollados” luego de la Segunda Guerra Mundial. Precisamente, una de las consecuencias de sus denuncias será la creación en octubre de 1956 de un servicio “de psiquiatría” (más tarde, denominado “de psicopatología y neurología”) en un hospital general en el partido de Lanús (en las afueras de Buenos Aires), llamado “Dr. Gregorio Aróz Alfaro”, nombre que en 1955 sustituyó al original “Evita” que había recibido en su fundación en 1952, pero que sería recordado posteriormente como *el Lanús*, epicentro en la década de 1960 de una de las más importantes experiencias en el campo de la atención psiquiátrica en la Argentina. Así, Goldenberg empezaba a aplicar no sólo lo asimilado en su formación local, sino lo aprendido durante una estancia en Europa en 1950. En efecto, luego de participar del Primer Congreso Mundial de Psiquiatría que se llevó a cabo en París, el mismo Gonzalo Bosch le sugirió aprovechar el viaje para visitar durante cuatro meses varios centros importantes: en Inglaterra pudo conocer las terapias laborales desarrolladas tras la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que visitar el Neuropsiquiátrico de Londres; en París, trabajó en el Hospital Sainte Anne, donde conoció a Julián de Ajuriaguerra<sup>19</sup>; en Italia tomó contacto con los inventores del electroshock, Cerletti y Bini; en Holanda, con el Centro de la Liga Mundial de Higiene Mental; y en España, con López Ibor (Testimonios 1996:65).

Sin embargo, Goldenberg había iniciado su actividad asistencial hospitalaria en 1940, y prolongado la misma durante toda la etapa peronista en forma ininterrumpida; su figura podía dar lugar a sospechas. Es que en el contexto peronista, trabajar en el ámbito de las instituciones estatales – en el sistema educativo, en el sanitario, en la burocracia– y simpatizar por el peronismo no eran vistos como cosas distintas<sup>20</sup>. Balán (1991:117-118) ha señalado la creciente hostilidad que reinó en el medio hospitalario y en las cátedras universitarias después de 1943 hacia, principalmente, izquierdistas y judíos, animosidad proveniente de sectores simpatizantes del nacionalsocialismo, y que en gran medida condicionó al incipiente movimiento psicoanalítico porteño a refugiarse en el

medio privado. En 1946, sólo en la Universidad de Buenos Aires fueron excluidos 1.250 profesores que no profesaban lealtad al peronismo (Mangone & Warley 1984:59, cit. en Neiburg 1998:166); quienes se quedaron en la institución recibieron la denominación de profesores "flor de ceibo"<sup>21</sup>. De tal manera, resulta sorprendente que un judío y socialista como Goldenberg pudiese mantenerse indemne en sus tareas en el estado durante el régimen peronista. Al mismo tiempo, también sorprende que esa misma continuidad no se le haya vuelto en contra luego de la "Revolución Libertadora" y sus políticas desperonizadoras (Neiburg 1998)<sup>22</sup>.

Mas si Goldenberg fue concebido en términos de un "experto" en cuestiones de administración hospitalaria y, por lo tanto, ideológicamente "neutral", y políticamente aceptable merced a su condición pública de antiperonista (Calvo 1992), esta aceptación no estuvo exenta de conflictividad. Cuando cae el gobierno peronista en 1955, en las paredes del Servicio en el Hospicio de las Mercedes apareció pintada una leyenda que decía: "Comunista, muera Goldenberg, acá funciona el Instituto Argentino Soviético". Goldenberg se quejó ante el director del Hospicio, quien al parecer apenas amagó una disculpa. Poco después, al parecer, ante la presión de algunos de sus colegas del Hospicio, Goldenberg fue despedido. Goldenberg debió apelar a la ayuda de su padrino de tesis, el Dr. Carlos Pereyra, quien adscribía a la "Revolución Libertadora" y, además, poseía contactos entre la gente del nuevo gobierno, entre ellos el subsecretario de Salud Pública, para lograr que su cesantía fuese revocada, lo que finalmente consiguió, pues fue reincorporado a sus funciones.

El episodio no deja de sorprender, si se tiene en cuenta la posterior carrera de Goldenberg como funcionario del gobierno de la "Revolución Libertadora", su declarado "antiperonismo", y su adscripción al socialismo. En la mayoría de sus relatos biográficos, y en las entrevistas que yo mismo le realizara en 1995, Goldenberg sostuvo que el episodio debía interpretarse en términos de las luchas políticas internas dentro del hospicio. Probablemente, Goldenberg pudo haber generado muchas resistencias dentro del hospicio: simpatizaba con el psicoanálisis, a diferencia de muchos de sus colegas; introdujo algunas novedades organizativas, entre las que estaban la inclusión de terapeutas ocupacionales (algo novedoso para el medio), y la realización de actividades recreativas para los pacientes, la aplicación de psicoterapia; y, tal vez lo más irritante, llevó

a cabo un seminario de formación profesional al que asistían por su invitación personalidades locales del psicoanálisis y de la reflexología (cuyos representantes eran mayoritariamente miembros del Partido Comunista)<sup>23</sup>. En 1995, Goldenberg sostenía que esta oposición era la responsable de su despido temporario, y que estaba representada por los "fascistas" del hospicio. Mas si el suceso es interpretado de acuerdo al horizonte de 1955, el sentido de "fascismo" debe entenderse a partir del contexto mundial de la posguerra y las experiencias totalitarias, que constituyeron el paradigma que permitió comparar al gobierno peronista con el nacionalsocialismo alemán y el fascismo italiano; de ahí que la "Revolución Libertadora" se presentase como "salvadora de la nación de la Tiranía peronista"<sup>24</sup>. Como calco del bloque Aliado enfrentado al Eje, el golpe fue apoyado por una amplia alianza que abarcó tanto a la derecha como a la izquierda, incluyendo liberales, católicos, radicales y socialistas. Considerando las aseveraciones del mismo Goldenberg, sus simpatías con el socialismo lo ubicaban sin objeciones dentro de la coalición triunfante. Pero su breve separación del cargo hospitalario se inscribe, tal vez y mejor, dentro de las exclusiones masivas dispuestas por el Poder Ejecutivo de todos aquellos sospechados de simpatizar con la gestión depuesta. En el contexto de 1955, sus ininterrumpidas actividades hospitalaria y universitaria se convertían en fuente de desconfianza por supuestamente peronista, no por "comunista". Y, por lo tanto, su reincorporación debió producirse al comprobarse su "limpieza" respecto a cualquier sospecha de contaminación peronista, algo que sus contactos políticos vía Pereyra debieron facilitarle. En definitiva, la operación política de purificación exigía, pues, una despolitización de la figura de los académicos y profesionales que debían ocuparse de los asuntos públicos en tanto "expertos", operación, sin embargo, política por su naturaleza, y política en la medida en que suponía haber atravesado con éxito las pruebas de incontaminación peronista.

### **Un experto políticamente contaminado**

El 28 de junio de 1966, una junta militar encabezada por el Teniente General Juan Carlos Onganía derrocó al presidente Radical Arturo Humberto Illia. El golpe representó para el sector universitario porteño el fin de una década de autonomía

universitaria: la "Noche de los Bastones Largos"<sup>25</sup> es el nombre que recibió el episodio del 31 de julio de 1966, cuando el gobierno del General Onganía desalojó, por la noche y tras un violento despliegue policial, las facultades de la Universidad de Buenos Aires<sup>26</sup>. La autonomía universitaria –que había sido reimplantada en 1956<sup>27</sup>– fue suspendida, iniciándose la primera "fuga de cerebros" en busca de ámbitos de investigación protegidos y confiables<sup>28</sup>.

En ese contexto, Goldenberg fue nuevamente convocado en 1967; el Secretario de Salud Pública de la entonces Municipalidad de Buenos Aires, Carlos García Díaz, lo requirió como Jefe del Departamento de Salud Mental. Goldenberg y un equipo de colaboradores llevaron a cabo importantes cambios en la estructura y funcionamiento de la atención (como la creación de servicios de Psicopatología en Hospitales Generales y Centros de Salud Mental). Sin embargo, en 1968, Goldenberg debió renunciar como miembro de la Federación Argentina de Psiquiatras<sup>29</sup>, tras invitar al director del Instituto Nacional de Salud Mental, el coronel médico (RE) Julio Ricardo Estévez, a una conferencia en la ciudad de Mar del Plata, de cuya comisión organizadora era presidente (Asociación de Psiquiatras de la Capital Federal 1969). El por qué una figura del prestigio de Goldenberg había sido impugnada por un importante sector del campo psiquiátrico, expresaba la politización y radicalización política que se estaba generando en las orientaciones ideológicas de los académicos universitarios e intelectuales para-universitarios y que, por ende, repercutía en el campo psiquiátrico.

A lo largo de la década de 1960, el campo de intervención sobre las enfermedades mentales atravesó profundos cambios teóricos y terapéuticos; sin embargo, los puntos de discusión seguían centrándose en problemas estrictamente científicos y profesionales. Lo que modificará sustancialmente la lógica del campo será la radicalización política general de fines de la década de 1960, en particular de las capas medias –la base de reclutamiento social de los sectores profesionales e intelectuales en la Argentina–, convertidas no sólo a perspectivas marxistas revolucionarias fuertemente influidas por la Revolución Cubana, sino al peronismo. Las causas de esta última adhesión son complejas<sup>30</sup>, y convergen en ellas distintos itinerarios. No obstante, el punto a destacar es que tomó la forma de una revuelta generacional contra las antiguas lealtades de los sectores medios antiperonistas (Sigal 1991:149; Torre

1994:17)<sup>31</sup>. A partir de allí, el eje del debate recaerá no meramente en cuestiones teóricas o terapéuticas, sino que se reubicará en la práctica política<sup>32</sup>, modificando profundamente las reglas de consagración de los campos profesionales, académicos e intelectuales. La lucha contra la enfermedad mental no podía separarse de las luchas políticas por una sociedad más justa<sup>33</sup>. Para ello, los profesionales del campo "psi" debían llevar a cabo una lucha en el seno mismo de sus instituciones, en las que se albergaban las fuerzas conservadoras que detentaban el poder en el terreno de las enfermedades mentales, expresión del poder general de la sociedad. En definitiva, su proyecto estaba unido al del resto de los profesionales, académicos, científicos e intelectuales que, sumados a e identificados con los trabajadores, propugnaban la liberación nacional y la revolución social en el país<sup>34</sup>. Ello dio lugar posteriormente a movimientos célebres, como "Plataforma" y "Documento"<sup>35</sup>.

En definitiva, el proceso de politización y radicalización de las capas medias e intelectuales en la Argentina atravesó el campo "psi", modificando sustancialmente, en un primer momento, las concepciones teóricas y las prácticas terapéuticas (que se venían discutiendo desde fines de la década de 1950), poniendo el acento en las condiciones sociales como vehículos de patologización. Esta politización de las etiologías de las patologías mentales orientó las "terapéuticas" a la lucha política. Si en 1955-1957 Goldenberg podía participar como un experto renovador de los gobiernos instaurados con la "Revolución Libertadora", en 1966-1967 su calidad de *experto a-político* resultaba inaceptable para el campo psiquiátrico radicalizado, pero aceptable aún desde la lógica del gobierno de facto liderado por el Gral. Onganía.

Sin embargo, veinticinco años más tarde este episodio fue evocado de un modo muy diferente. En un documento especialmente escrito en 1992 para un acto de homenaje a Goldenberg y de conmemoración de la creación del servicio del *Lanús* en 1992, dos colaboradores de aquella administración de Goldenberg rememoraron su gestión en la ciudad de Buenos Aires, pero en ningún momento pudieron situar el hecho en el correspondiente contexto del gobierno *de facto* de Onganía, y sí podían calificar su papel en tanto funcionarios como una "cuasi utopía", debido a las importantes reformas en el sistema de atención psiquiátrica realizadas en la ciudad de Buenos Aires (Vidal & Gili 1992). Para enten-

der qué había sucedido, es indispensable viajar a los albores del retorno democrático, a 1983.

### Un *intelectual* y *experto* padre de una genealogía "progresista" y "democrática"

En 1983, el nuevo gobierno de la Unión Cívica Radical presidido por Raúl Alfonsín convocó a Goldenberg (quien se desempeñaba desde hacía muchos años como consultor de la Organización Mundial de la Salud y residía desde 1976 en Caracas, Venezuela) para la elaboración de un diagnóstico de la salud mental a escala nacional. Goldenberg llegó al país en enero de 1984, y durante un mes llevó a cabo un intenso trabajo de acopio de información sobre el estado de la salud mental en Argentina, que sirvió de base a un documento titulado "Lineamientos Generales para el Plan Nacional de Salud Mental". El informe dio cuenta de la crítica situación del área, caracterizada "por el deterioro de la asistencia, la insuficiencia de los recursos generales y la desincersión [sic.] de los mismos de una política de salud pública" (Goldenberg 1984:3); se recomendaba, entre otras cosas, disminuir el número de internaciones en los hospitales psiquiátricos a favor de la creación de servicios de salud mental en hospitales generales y centros de salud mental, propuesta que reiteraba las demandas de Goldenberg en los años 1950. En este estudio habían colaborado un grupo de profesionales que se habían iniciado hacia fines de los años 1950 y principios de los años 1960 en el *Lanús*, algunos de los cuales fueron designados como funcionarios nacionales (como Vicente Galli, Director Nacional de Salud Mental; Ricardo Grimson, jefe del departamento en la Dirección Nacional de Salud Mental; y Aurora Pérez, jefa del Departamento en la Dirección de Salud Mental de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires). Este episodio fue catalogado por los propios discípulos de Goldenberg como un "retorno" (Fernández Mouján 1992; Galli 1992:2). Pues bien, ¿qué era lo que "retornaba"?

Lo que retornaba era *el Lanús*, la denominación consuetudinaria que había adquirido aquel servicio de psiquiatría fundado por Goldenberg en 1956, y que él dirigiera hasta 1972. Pero por 1983, ni Goldenberg ni sus colaboradores al frente de la gestión nacional en salud mental trabajaban ya en el servicio; tampoco pretendían volver a insertarse en él. *El Lanús* era invocado

como una "ideología" dentro de la salud mental en Argentina, que se presentaba como la antítesis de lo manicomial, al mismo tiempo que expresión de una *genealogía democrática interrumpida* durante el imperio del autoritarismo y el terror que imperaron durante el último gobierno militar, autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional" (1976-1983)<sup>36</sup>. Una categoría eminentemente política consagraba a Goldenberg (y a la institución por él creada - transformada en un programa de acción sin ataduras necesarias con la *institución real*) no sólo como un experto, sino como un agente cuyas ideas resultaban decisivas a la hora de introducir no sólo en la psiquiatría y la salud mental, sino en la vida total en la Argentina, *el valor de la democracia*.

La filiación del *Lanús* con la democracia no era nueva, y databa seguramente del primer decenio (1956-1966), cuando el servicio construyó una versión oficial de su pasado para fortalecer su ya significativo prestigio; en realidad, se trataba de aquello que Goldenberg y sus primeros discípulos definieron como *ideología del Servicio*, la cual se anclaba en

una relación interpersonal no discriminatoria por prejuicios raciales, políticos, religiosos, etc., y por la tolerancia y respeto hacia las distintas orientaciones teóricas individuales, permitiendo una coexistencia doctrinaria, el intercambio y la colaboración (Goldenberg *et al.* 1966:82).

Resulta imposible comprender cabalmente esta definición si no es vinculada a un contexto postperonista, en donde gran parte de los sectores medios autodenominados "progresistas" estaban profundamente sensibles ante las exclusiones y discriminaciones sufridas por ellos durante el peronismo. Los agentes dispusieron de estas categorías organizadoras de sus experiencias, que obraron como precondiciones que guiaron sus esfuerzos interpretativos ulteriores. Así, en la mencionada declaración de pluralismo holista podía buscarse la apoyatura para redefinir al *Lanús* como democrático no ya en 1956 o 1966, sino en 1983, cuando aquellos que se habían desempeñado en el servicio hasta mediados de los años 1970 hacía mucho tiempo que habían cortado sus vínculos con el *Lanús* físico, real. Si la reacción de la Federación Argentina de Psiquiatras constituye una muy buena muestra de cómo los atributos que hicieron de Goldenberg una figura incuestionada en 1956 habían

variado en 1967, el silencio respecto al episodio en 1992 expresaba la ardua tarea por reubicar a Goldenberg como cabeza de una genealogía "progresista y democrática" en el campo psiquiátrico y psicoanalítico. Este esfuerzo, no obstante, no tenía por mero objeto el mundo de las ideas: resultaba crucial a los fines de definir, catalogar, distinguir psiquiatras/psicoanalistas "democráticos" y "progresistas" aceptables de aquellos que no lo eran; es decir, las prácticas de elaboración del pasado del *Lanús* bajo la presión de nuevos marcos de admisibilidad pública estaban profundamente asociadas a las disputas de legitimidad en los campos psiquiátrico y psicoanalítico argentino.

Sucede que con posterioridad a 1983, y durante los años 1990, el marco de plausibilidad público en la Argentina se fundó en la distinción entre filiaciones democráticas y autoritarias (Cavarozzi 1983, 1997). Una institución como *el Lanús*, que había sido objeto de la furia represiva por parte del terrorismo de estado entre 1976 y 1983, quedaba asociada desde 1983 con la democracia. Ésta fue la interpretación de las generaciones que habían abandonado el servicio tras el golpe militar de 1976; sin embargo, su sustentación dependió del silenciamiento de varios aspectos de su pasado que podían afectar su pretensión de pureza democrática. Estos no sólo radicaban en el desempeño de Goldenberg en la autodenominada "Revolución Argentina" y el conflicto con la Federación Argentina de Psiquiatras en 1967; desde una perspectiva fragmentada y cíclica del pasado del *Lanús* (que expresaba las discontinuidades del sistema político argentino<sup>37</sup>), también omitía su filiación de origen con el gobierno emergido del golpe militar de 1955, puesto que en 1983 lo instalaba como un incómodo eslabón en la cadena filiatoria autoritaria. Esta selectividad obedecía a los señalados cambios en los marcos de admisibilidad pública, y a la necesidad de resolver las paradojas a las que podía conducir la reinserción del *Lanús* en la genealogía democrática, algo innesario entre 1956-1966, ya que su origen en el marco institucional de la autodenominada "Revolución Libertadora" constituía de por sí un atributo democrático. Así, Goldenberg y su creación, *el Lanús*, representaban en 1983 la quintaesencia de la democracia, el pluralismo y el humanismo, como opuestos a lo represivo-manicomial y lo represivo-político. Goldenberg no sólo adquiriría reconocimiento desde el punto de vista de un experto en salud mental, sino que se erigía en el padre de una genealogía democrática, pluralista y humanista.

## Conclusiones

Inicié este trabajo discutiendo las perspectivas nativas respecto a los modos de definir a los “intelectuales” en la Argentina; apelando al enfoque de Bauman (1987), sostuve que un abordaje etnográfico de los mundos “expertos” e “intelectuales” debería observar las señaladas perspectivas como expresiones de prácticas interesadas en distinguir “auténticos” intelectuales de quienes no lo son. Para complejizar aún más el panorama, afirmé que si el carácter identificatorio decisivo de “lo intelectual” radicaba en alguna relación próxima con lo político – o lo público – (como sostienen algunos estudios locales), esta no podía ser una propiedad ni universal, ni atemporal. Antes que localizar en la sociedad grupos mediante formas predeterminadas de definirlos, resultaba indispensable atender a las variaciones históricas y contextuales de las categorías, en la medida que las mismas han sido a menudo empleadas como formas de adscripción y diferenciación, al mismo tiempo que de consagración y denigración. Esta tarea, insistí, resulta imprescindible en un país como la Argentina, en el cual se han producido auténticos lentes culturales que privilegian las lecturas de la realidad social en términos políticos, antes que étnicos o religiosos, como sugiere Neiburg (1998)<sup>38</sup>.

Ejemplifiqué este punto de vista focalizando en las variaciones obradas en la persona de una figura pública y reconocida, como el psiquiatra Mauricio Goldenberg. Consideré el caso de Goldenberg paradigmático para comprender cómo juegan los procesos de politización y despolitización en la Argentina en una figura que había ganado prestigio y reconocimiento profesional en los años 1940 y 1950, que había ocupado cargos públicos desde la segunda mitad de la década de 1950 hasta comienzos de los años 1980 en tanto “experto no peronista” en materia psiquiátrica, primero, y en tanto “experto democrático”, más tarde. Fueron estos últimos atributos, adquiridos seguramente a lo largo de los años 1980, los que le permitieron obtener peculiaridades intelectuales, llegando a ser un héroe cultural que humanizó la atención de los pacientes psiquiátricos, y fue adoptado como padre de una genealogía “progresista” y “democrática” del psicoanálisis y la psiquiatría argentina.

Para comprender estas transformaciones, resultó capital dirigir la atención a los contextos sociales en los que el pasado es generado mediante su interpretación, esto es, conectar las diferen-

tes narrativas con sus formas de producción y uso por agentes en circunstancias concretas. Desde este punto de vista, las interpretaciones del pasado son inseparables de las prácticas y de los procesos sociales reales. Por lo tanto, los agentes producen las interpretaciones sobre el pasado desde sus posiciones relativas dentro de un *campo* con la finalidad de reforzarlas, mejorarlas o disputarlas: el interés por el pasado es un asunto de poder. De tal modo, las interpretaciones del pasado contribuyen a la definición de identidades, confiriéndoles prestigio y autoridad. La supeditación de los procesos de interpretación del pasado a los intereses del presente explica, en primera instancia, los silencios, olvidos e interpretaciones contrapuestas. El problema principal de la producción presente del pasado radica en cómo diseñar interpretaciones del pasado que sirvan a los intereses presentes siendo, al mismo tiempo, plausibles dadas ciertas reglas de admisibilidad colectivas (Appadurai 1981). En otras palabras, la fe en las versiones depende de estas reglas o marcos de plausibilidad pública; por lo tanto, los agentes deben no sólo postular interpretaciones que sirvan a sus intereses presentes, sino también hacerlas admisibles.

Finalmente, lo expuesto aquí está en relación con una propuesta de agenda de investigación antropológica en la Argentina. Las ciencias sociales – y la antropología no constituye una excepción – centradas en estudiar la propia sociedad deben afrontar el desafío de la primacía que posee lo político, o cierto modelo del mismo, como un esquema interpretativo de la realidad social en la Argentina. Esto incide no sólo en la elección de ciertas temáticas de investigación en detrimento de otras, sino también en los abordajes teóricos y las formas de delimitación de sujetos y espacios. Por el contrario, es indispensable interrogar lo político como la manera peculiar en que los argentinos aprehendemos la realidad social en su carácter de producto social, si a lo que aspiramos es a generar un conocimiento descentrado de las prácticas y experiencias de lo político. Esto demanda alejarse de las pretensiones que el mismo campo formula respecto a sus pretensiones de verdad histórica y política. Si abordar el campo que los propios agentes definen como legítimo representa siempre un riesgo, debido a que podemos quedar inexorablemente atrapados en las disputas que lo constituyen para concluir reproduciéndolo, se impone la *interrogación de sus reglas generativas*; esto es, de los modos median-

te los cuales las interpretaciones narrativas y las prácticas de los agentes conforman los procesos que devienen en campos sociales de consagración de imágenes públicas del pasado.

## Bibliografía

- ANALES DE LEGISLACIÓN ARGENTINA 1956. XVI-A: 241-242.
- APPADURAI, A. 1981. "The Past as a Scarce Resource". *Man* 16 (1): 201-219.
- ASOCIACIÓN DE PSIQUIATRAS DE LA CAPITAL FEDERAL. 1969. *Boletín Informativo* I (1):2-3.
- BALAN, J. 1988. *Profesión e identidad en una sociedad dividida: la medicina y el origen del psicoanálisis en la Argentina*. Buenos Aires, CEDES.
- BALAN, J. 1991. *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Buenos Aires, Planeta.
- BAUMAN, Z. 1987. *Legislators and Interpreters: On modernity, Post-modernity, and Intellectuals*. Ithaca, N.Y., Cornell University Press.
- BECKER, H. 1977. "The nature of a profession". In: *Sociological work: method and substance*. New Brunswick, N.J.: Transaction Books.
- BOURDIEU, P. 1975. "La spécificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison", en: *Sociologie et Sociétés* VII (1): 91-117, Univ. de Montreal.
- BOURDIEU, P. 1983. *Campo del poder y campo intelectual*. Buenos Aires, Folios ediciones.
- BOURDIEU, P. 1998. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, Editorial Taurus.
- CALVO, E. 1992. *La reacomodación del campo médico psiquiátrico en el quinquenio '55-'60*. Trabajo inédito presentado en el Programa de Estudios de Historia de la Psicología en la Argentina, Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.
- CAVAROZZI M. 1983. *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- CAVAROZZI M. 1997. *Autoritarismo y democracia (1955-1996): la transición del Estado al mercado en la Argentina*. Buenos Aires, Ariel.
- FERNÁNDEZ MOUJÁN, O. 1992. «Homenaje al Dr. Mauricio Goldemberg». En: 35 años. *Primeras Jornadas encuentro del servicio de Psicopatología del Policlínico de Lanús*. Buenos Aires.
- FREIDSON, E. 1970. *Professional Dominance: The Social Structure of Medical Care*. New York, Atherson Press.
- FREIDSON, E. 1978. *La profesión médica*. Barcelona, Península.
- GALLI, V. 1992. "Lanús y la salud mental". En: *Página 12*, Sección Futuro, p.2.
- GHIOLDI, A. 1956. *De la tiranía a la democracia social*. Buenos Aires, Ediciones Gure.
- GHIOLDI, A. 1956. *Cayó la dictadura, ¿ahora qué?* Buenos Aires, Ediciones Gure.
- GILLESPIE, R. 1998. *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires, Grijalbo.
- GOLDENBERG, M. 1958. "Estado actual de la asistencia psiquiátrica en el país". *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*, 4 (401): 401-410.
- GOLDENBERG, M. 1984. *Informe final sobre la asesoría en salud mental al Ministerio de Salud Pública y Medio Ambiente de Argentina*. Organización Mundial de la Salud, inédito.

- GOLDENBERG, M.; BARENBLIT, V.; FERNÁNDEZ MOUJAN, O.; GALLI, V. A.; KESSELMAN, H.; MÜLLER, A.; PEREZ, A.; RICON, L. G.; SLUZKI, C. E. y G. STEIN 1966. "La Psiquiatría en el Hospital General. Historia y estructura del Servicio de Psicopatología y Neurología del Policlínico Dr. Gregorio Aráoz Alfaro". *La Semana Médica* (4015): 80-102.
- GORRITI, F. 1928. "Higiene mental en la Argentina". En: *La Semana Médica* I, pp. 1375-1382.
- HIRSCHMAN, A. O. 1979. *Shifting Involvements: Private Interest and Public Action*. Princeton, Princeton University Press.
- HOFFMAN, L. M. 1989. *The Politics of Knowledge. Activist Movements in Medicine and Planning*. New York, State University of New York Press.
- HOLLANDER, N.C. 1997. *Love in a Time of Hate: Liberation Psychology in Latin America*. Rutgers University Press
- LACLAU, E. 1994. "Introduction". In: LACLAU, Ernesto (ed.). *The Making of Political Identities*. London, Verso, pp. 1-8.
- LARSON, M. S. 1977. *The Rise of Professionalism: A Sociological Study*. Berkeley, University of California Press.
- NEIBURG, F. 1998. *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires, Alianza Editorial.
- NELSON, D. M. 2000. "Review: *Love in a Time of Hate: Liberation Psychology in Latin America*, by Nancy Caro Hollander". In: *American Ethnologist* 27 (1):179-180.
- PLOTKIN, M. 1997. "Freud, Politics and the Porteños: The Reception of Psychoanalysis in Buenos Aires, 1910-1943"; *Hispanic American Historical Review* 77 (1): 47-74.
- PLOTKIN, M. 2001. *Freud in the Pampas. The Emergence and Development of a Psychoanalytic Culture in Argentina*. Stanford, Stanford University Press.
- PLOTKIN, M. y GONZÁLEZ LEANDRI, R. 2001. "Estrategias de formación de una elite intelectual en un contexto de redemocratización. El caso de la revista Punto de Vista (1978-1985)". En: PLOTKIN, Mariano Ben y Ricardo GONZÁLEZ LEANDRI (eds.). *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*. Madrid: CSIC.
- ROBBEN, A.C.G.M. 1999. "The Fear of Indifference: Combatants'Anxieties about the Political Identity of Civilians during Argentina's Dirty War". In: KOONINGS, Kees & Dirk KRUIJT, eds. *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*. London, Zed Books, pp. 125-140.
- SIGAL, S. 1991. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.
- SIGAL, S. y O. TERAN 1992. "Los intelectuales frente a la política". *Punto de Vista* 42:42-48.
- TERAN, O. 1991. *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires, Puntosur.
- TESTIMONIOS PARA LA EXPERIENCIA DE ENSEÑAR 1996. *Mauricio Goldenberg. Maestro, Médico, psiquiatra, Humanista*. Buenos Aires, Secretaría de Cultura y Bienestar Universitario de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.
- TORRE, J.C. 1994. "A partir del Cordobazo". *Estudios* 4, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, pp. 15-24.
- VERDERY, K. 1995. *National Ideology under Socialism. Identity and Cultural Politics in Ceausescu's Romania*. Berkeley, University of California Press.
- VEZZETTI, H. 1981. "Locura y delito: la regeneración moral de los argentinos". *Revista Argentina de Psicología*, año XI, N°30, Septiembre, pp. 93-113.

- VEZZETTI, H. 1985. *La locura en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós.
- VIDAL, I. y E. GILI 1992. "Memoria de la influencia de Lanús en el sistema de atención en salud mental en la Capital Federal, o de cuando los porteños se pusieron la camiseta de Lanús". En: *35 años. Primeras Jornadas encuentro del servicio de Psicopatología del Policlínico de Lanús*. Buenos Aires, pp. 323-333.
- VISACOVSKY, S. E. 2002. *El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*. Buenos Aires, Alianza.
- WEBER, M. 1985. "La política como vocación". En: *Ensayos de sociología contemporánea I*, Barcelona, Planeta-De Agostini, pp. 9-78.

## Notas

<sup>1</sup> La revista *Punta de Vista* (cuyo subtítulo es "Revista de Cultura") fue creada en 1978 en plena dictadura militar, impulsada por figuras como los críticos literarios Beatriz Sarlo, María Teresa Gramuglio y Carlos Altamirano, el historiador y psicólogo Hugo Vezzetti, la historiadora Hilda Sabato y el escritor Ricardo Piglia. Un análisis de la misma en términos de conformación de una elite intelectual puede verse en Plotkin y González Leandri (2001).

<sup>2</sup> Nacido en 1935, estudió Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires durante los años 1960, y luego completó una maestría de Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México, ciudad en la que se exilió en 1976. Es autor, entre otras obras, de "José Ingenieros: pensar la nación", "En busca de la ideología argentina" y "Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910)". Enseña Pensamiento Argentino y Latinoamericano en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, es profesor de la Universidad Nacional de Quilmes e investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), además de miembro del Club de Cultura Socialista José Aricó y del consejo de redacción de la revista Punto de Vista.

<sup>3</sup> Estudió Sociología, también en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires durante los años 1960. Radicada en Francia, es investigadora del CNRS (*Centre National de la Recherche Scientifique*), y docente en la *École des Hautes Etudes en Sciences Sociales*. Ha publicado en la Argentina, con Eliseo Verón, *Perón o Muerte – Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (Buenos Aires, 1986).

<sup>4</sup> Al respecto, Sigal discute explícitamente autores como Pierre Bourdieu, Antonio Gramsci, Edward Shils y Karl Mannheim, entre otros (Sigal 1991:16-20).

<sup>5</sup> Esto no implica negar la existencia de un dominio social "político", con un determinado nivel de autonomía, definido por "la dirección, o la influencia sobre la dirección, de una asociación política; es decir: actualmente, de un Estado" (Weber 1985:9-10).

<sup>6</sup> En sus usos habituales, incluso por parte de especialistas, la noción de politización recubre un abanico de fenómenos muy diversos, que van desde la mencionada adquisición de sentidos políticos de dominios sociales no políticos hasta la toma de conciencia para la acción política de diferentes grupos sociales. El desarrollo de este potencial crítico de los fundamentos de un orden social dado es visto por algunos autores, como Ernesto Laclau, como determinante de los procesos de politización: "Cuanto más el "fundamento" de lo social es puesto en cuestión,

menos las prácticas sociales sedimentadas pueden asegurar reproducción social, y más nuevos actos de intervención e identificación política son socialmente requeridos. Esto necesariamente lleva a una politización de las identidades sociales, las cuales nosotros vemos como rasgo principal de la vida social en las sociedades del fin del siglo XX" (Laclau 1994:4, mi traducción). Como se advierte, una consecuencia lógica posible es la disolución de las esferas de acción no políticas, la transformación de las mismas en parte del dominio de lo político. En este caso, la politización sería el proceso de transformación de una esfera de acción no política en política. Sin embargo, esta perspectiva presupone que los procesos de politización poseen un carácter teleológico, derivando en el abandono de la autonomía por la toma de postura política; la politización estaría basada en el desarrollo de una conciencia generalmente crítica que transformaría el desinterés ciudadano por los asuntos públicos en conductas comprometidas.

<sup>7</sup> Las profesiones son tipos de ocupaciones definidas por la posesión del monopolio de un conjunto de conocimientos complejos y esotéricos (generalmente basados en la ciencia), que se consideran necesarios para el buen funcionamiento de la sociedad; estos conocimientos son impartidos a través de un complejo sistema de entrenamiento (educación universitaria y exámenes competitivos) por quienes ya los detentan. A su vez, como poseedores legítimos de dichos conocimientos, deben controlar tanto el ejercicio inadecuado de sus pares como el ilegítimo, reclamando a menudo la intervención represiva del Estado (Becker 1977; Freidson 1970 y 1978; Hoffman 1989; Larson 1977).

<sup>8</sup> Gonzalo Bosch (1885-1965) fue la figura principal de la corriente de "Higiene Mental" en la Argentina, quien conoció el movimiento tras una estadía en Estados Unidos, donde se había originado con el propósito de mejorar la situación de los enfermos internados en los hospitales psiquiátricos y a promover el uso de la psicoterapia (Plotkin 1997:50). Alrededor de 1920 el campo psiquiátrico había sufrido fuertes cambios ligados a una reorientación de la profesión médica, más autónoma y menos vinculada al estado que en el siglo XIX, cambio que se debía, en parte, al ascenso de una clase media de origen migratorio reciente y socialmente marginal que era reclutada por la Facultad de Medicina (Balán 1988:4-5). Por otra parte, el positivismo, que había dominado el campo científico-intelectual hasta entonces, empezó a declinar. En psiquiatría, el renovado interés por la psicoterapia respondía a la necesidad de resolver a través de tratamientos ambulatorios los problemas de hacinamiento de los enfermos internados en los hospicios. En el país, Bosch impulsó la apertura de consultorios externos en los hospicios; asimismo, fue uno de los creadores de la Liga Argentina de Higiene Mental en 1929, desde cuya presidencia abrió consultorios externos de neurología y psiquiatría en el Hospicio de las Mercedes, del que fuera director en 1931 (Balán 1988:12). La nueva modalidad permitía atender a una población de enfermos nerviosos que no demandaban internación sino tratamiento ambulatorio (Balán 1991:66), creando así las condiciones para la práctica psicoterapéutica, incluida la psicoanalítica; de hecho, la Liga fue una activa propulsora del psicoanálisis (Plotkin 1997:50). La Liga encaró la prevención de problemas profesionales, escolares, sexuales, especialmente mediante el recurso del uso de medios de difusión como la radio o los folletos (Vezzetti 1981:104). En la Higiene Mental se prolongaron las preocupaciones por el control de problemas como el alcoholismo, las toxicomanías, las "conductas antisociales" y la inmigración, esta última todavía interpretada en una clave eugenésica fortalecida por el imperante nacionalismo hispanófilo.

<sup>9</sup> Por "tradición local" quiero definir a la psiquiatría que se constituyó en la Argentina hacia fines del siglo XIX bajo la impronta del positivismo y la influencia de la psiquiatría francesa. Esta psiquiatría se estableció alrededor de 1880, ya que por entonces se construyeron los primeros hospicios, aparecieron las cátedras de

enseñanza y las primeras publicaciones, así como el papel de los médicos vinculados a la cuestión apareció en estrecha relación con el Estado, lo cual fue de capital importancia dentro del plan político de organización del estado nacional (Vezzetti 1981:95; Vezzetti 1985). Con el primado del modelo psiquiátrico francés conocido como "alienismo", iniciado en el Hospital General de Hombres de Buenos Aires en 1876 (Vezzetti 1985:46), se introdujeron los elementos básicos que organizaron el tratamiento de la locura durante varias décadas; por un lado, los cuadros nosográficos, es decir, las clasificaciones basadas en la observación de los síntomas y, por otro, el tratamiento moral sobre las "pasiones humanas", o sea, las raíces etiológicas de la enfermedad mental, invención clave de Pinel (Vezzetti 1985:52-54). Simultáneamente, el estudio de las "pasiones humanas divorciadas del entendimiento" a los efectos de su "restablecimiento" se llevó a cabo en la institución que resultó el aporte central del alienismo: el hospicio o manicomio (Vezzetti 1985:51). El instrumental de esta psiquiatría estaba dirigido al control de las crisis a través del encierro del paciente, y de una serie de terapias físicas como el uso del chaleco de fuerza o las duchas.

<sup>10</sup> Junto al alienismo se desarrolló otro movimiento que incluía la cuestión de la locura, pero que también la desbordaba: el higienismo. En realidad, la atención del higienismo estaba dirigida al conjunto social, visto como un organismo vivo en el que las perturbaciones, desórdenes y desajustes sociales eran entendidos como patológicos. Todos estos temas eran comprendidos dentro de la "higiene pública"; al igual que la tuberculosis o la malaria, la locura o el crimen, la prostitución o el vicio alcohólico, constituían problemas sanitarios de carácter público que demandaban control estatal, a través de medidas de saneamiento; si el médico podía proponer medidas de profilaxis (construcción de redes cloacales, limpieza de las calles), también el psiquiatra y el criminólogo podían y debían hacerlo, promoviendo la construcción de espacios urbanos diferenciados —como manicomios y cárceles— para evitar el contacto de lo normal con lo patológico (Vezzetti 1981:99). Alrededor de 1920, el campo psiquiátrico sufrió fuertes cambios ligados a una reorientación de la profesión médica, más autónoma y menos vinculada al estado que en el siglo XIX, cambio que se debía, en parte, al ascenso de una clase media de origen migratorio reciente y socialmente marginal que era reclutada por la Facultad de Medicina (Balán 1988:4-5). Por otra parte, el positivismo, que había dominado el campo científico-intelectual hasta entonces, empezó a declinar. En psiquiatría, se pasó a un renovado interés por la psicoterapia, que respondía a la necesidad de resolver a través de tratamientos ambulatorios los problemas de hacinamiento de los enfermos internados en los hospicios (Gorriti 1928). Esta corriente se originó en la influencia del movimiento norteamericano de Higiene Mental, dirigido a mejorar la situación de los enfermos internados en los hospitales psiquiátricos y a promover el uso de la psicoterapia (Plotkin 1997:50). La figura principal de esta corriente en la Argentina fue el médico Gonzalo Bosch (1885-1965), quien conoció el movimiento de Higiene Mental tras una estadía en Estados Unidos, y quien fuera uno de los creadores de la Liga Argentina de Higiene Mental en 1929.

<sup>11</sup> Allí tenía fuertes vínculos con varios miembros de su Comisión Directiva, como Gonzalo Bosch, Mario Sbarbi, Enrique Mo Gatti y Eduardo Krapf. Además, Goldenberg participó como vocal suplente de la Comisión de la Liga desde enero de 1948 hasta 1966, atendiendo en sus consultorios desde 1946.

<sup>12</sup> Goldenberg era miembro titular de la Asociación Médica Argentina desde mayo de 1945; socio adherente de la Sociedad Argentina de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía desde junio de 1945, y luego sucesivamente miembro titular desde octubre de 1946, secretario de actas en 1954 y secretario general en 1955; y vocal suplente desde enero de 1948 en la Liga Argentina de Higiene Mental.

<sup>13</sup> Hacia fines de los años 1940, sus intereses se volcaron hacia los novedosos tratamientos fisiológicos que habían sido creados en los 1930. Esto implicaba un abandono momentáneo de las inquietudes anteriores, a las cuales volverá más adelante; lo que resulta significativo es cómo Goldenberg y otros representantes del medio psiquiátrico local fueron sumamente receptivos a las nuevas tendencias en psiquiatría provenientes de Europa Occidental y los Estados Unidos. Estas nuevas terapéuticas se sustentaban en una concepción fisiológica de la enfermedad mental, deudora de los avances de la neurología y su matrimonio con la psiquiatría. Goldenberg trabajó, pues, en los tratamientos psicoquirúrgicos como la lobotomía, en el electroshock, que fuera aplicado por vez primera en la Argentina y en el mismo Hospicio por Pichon Rivière, y en la electropirexia. También se ocupó de algunos cuadros clínicos de base neurológica como la epilepsia (al igual que su maestro Pichon Rivière), los llamados "estados crepusculares" o las psicosis involutivas. En el tiempo que Goldenberg concluyó su carrera, el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires creó el primer postgrado de Psiquiatría en la Facultad de Medicina, que se llamó *Curso Superior de Clínica Psiquiátrica*. Goldenberg ingresó allí, y durante los dos años que duraba el curso estableció una fuerte relación con Céles Cárcamo, uno de los miembros fundadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Al poco tiempo de recibido, Gonzalo Bosch, profesor titular en la cátedra de Clínica Psiquiátrica de la Facultad de Medicina en Buenos Aires, lo convocó como Ayudante, ingresando así a la cátedra universitaria. De igual forma, Bosch lo invitó a participar del Primer Congreso Mundial de Psiquiatría que se llevó a cabo en París en 1950. Por sugerencia del mismo Bosch, Goldenberg permaneció en Europa cuatro meses; en Inglaterra pudo conocer las terapias laborales desarrolladas tras la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que visitar el Neuropsiquiátrico de Londres; en París trabajó en el Hospital Sainte Anne, donde conoció a Julián de Ajuriaguerra; en Italia tomó contacto con los inventores del electroshock, Cerletti y Bini; en Holanda, con el Centro de la Liga Mundial de Higiene Mental; y en España, con López Ibor.

<sup>14</sup> Tal vez sea innecesario aclararlo, pero esta coyuntura de auténtico florecimiento intelectual y universitario se realizó bajo un sistema político de democracia restringida, inestable y sujeta a supervisión por las Fuerzas Armadas.

<sup>15</sup> El sociólogo Gino Germani (1911-1979) fue la figura central en este novedoso mapa. Verdadero héroe cultural y "padre fundador" de la sociología autodenominada "científica" en la Argentina, Germani concebía como inseparables a la "modernización" universitaria y a la nacional, siendo para ello necesario contar con especialistas que analizaran la coyuntura nacional como una etapa de "transición". La profesión del sociólogo labraba su legitimidad en el nuevo contexto. Fue difusor de las corrientes sociológicas y antropológicas anglosajonas, y enemigo de la tradición espiritualista, especulativa y antipositivista alemana que predominaba en América Latina – excepto en México (Neiburg 1998).

<sup>16</sup> Su director y figura principal de esta primera etapa fue el neurocirujano Raúl Carrea, por entonces el más importante dentro del grupo de profesionales y técnicos que impulsaban las transformaciones. Había realizado una pasantía en los Estados Unidos, donde había tenido la ocasión de conocer el National Institute of Mental Health; a su retorno, presentó un informe ante el Ministerio de Salud aconsejando la creación de una Dirección de Salud Mental, en reemplazo de la Dirección de Establecimientos Neuropsiquiátricos y la Dirección de Higiene Mental.

<sup>17</sup> Era una organización descentralizada, con personería jurídica e individualidad financiera, dependiente del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública (decretos N° 12628/57 y 51582/58). Tenía por finalidades: 1) prevenir las enfermedades neuropsiquiátricas; 2) promover la investigación científica en esta materia; 3) prestar asistencia integral a los enfermos que padecen afecciones neuropsiquiátricas; 4)

contribuir a la recuperación y rehabilitación social de los enfermos; 5) prestar asesoramiento técnico en la materia a todos los organismos nacionales, provinciales, municipales o privados que no persigan fines de lucro, para prestarles ayuda técnica y financiera, para el mejor cumplimiento de sus fines, debiendo para esto mediar el consentimiento de dicho organismo.

<sup>18</sup> Además, fue integrante de la comisión directiva de la Federación Argentina de Psiquiatras, organismo gremial creado en 1959, junto a figuras como Pichon Rivière y Gregorio Bermann, así como redactor de su revista, *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*.

<sup>19</sup> Julián de Ajuriaguerra (1911-1993) era un célebre psiquiatra vasco-español exiliado en París, que había realizado importantes aportes en el desarrollo de la psiquiatría infantil (investigaciones sobre la escritura y otros aspectos del lenguaje, estudios en neuropsicología del desarrollo) y la atención psiquiátrica hospitalaria. Desde 1959 hasta 1975 dirigió el hospicio de Bel-Air, en Ginebra (Suiza).

<sup>20</sup> No debe olvidarse la obligatoriedad de la afiliación al Partido Peronista de toda la administración pública.

<sup>21</sup> El ceibo (*Eritrina crista-galli*) es un árbol pequeño de la familia de las papilionáceas, que crece en zonas cenagosas; es de corteza rugosa, hojas trifoliadas, fruto en vaina y flores rojas, brillantes y arracimadas. Estas últimas son consideradas la "flor nacional"; aquellos profesores que permanecieron en las instituciones universitarias durante el régimen peronista han recibido ese mote debido a su adhesión al peronismo, identificado con el nacionalismo. Eran vistos como docentes de bajo nivel académico, burócratas que se habían beneficiado con el cambio de gobierno en 1946 (Neiburg 1998:167).

<sup>22</sup> Me refiero a la pretensión de suprimir los rastros del peronismo, que respondía al Decreto-ley N° 4161 del 5 de marzo de 1956 promulgado por el presidente General Pedro Eugenio Aramburu (quien había desplazado el 13 de noviembre de 1955 mediante un golpe palaciego al General Eduardo Lonardi, primer presidente de la "Revolución Libertadora"), titulado "Prohibición de elementos de afirmación ideológica o de propaganda peronista", que impuso la proscripción de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas correspondientes o utilizados por los individuos representativos del peronismo". En especial, la prohibición alcanzaba a las fotos, retratos y esculturas de los funcionarios peronistas, y el escudo y la bandera peronista (Anales 1956:241-242). La sociedad argentina fue concebida (como ocurriría muchas veces a lo largo del siglo XX) como un cuerpo infectado por el peronismo, visto como causa de todos los males que azolaron durante diez años a la República, "corruptor moral de la nación", alejándola de los valores y principios liberales en los que había sido fundada. Aún más profundamente, había sometido, mediante la demagogia a los trabajadores, quienes se habían transformado en su base de sustentación política; por ende, una tarea prioritaria consistía en erradicar al peronismo de sus vidas.

<sup>23</sup> Como José Itzigsohn, Jorge Thénon, Julio Luis Peluffo y Antonio Caparrós (Plotkin 2001:126).

<sup>24</sup> Recuérdense obras como las del socialista Américo Ghioldi, tales como "De la tiranía a la democracia social" (1956), o "Cayó la dictadura, ¿ahora qué?" (1956).

<sup>25</sup> En analogía con la "noche de los cuchillos largos" en la Alemania del 1939.

<sup>26</sup> La represión se centró en las facultades de Filosofía y Letras, Ingeniería, Arquitectura y, muy especialmente, Ciencias Exactas, donde se llevaron a cabo centenares de detenciones. Fuerzas policiales y la Guardia de Infantería ingresaron y reprimieron a alumnos y profesores en diferentes facultades de la Universidad de Buenos Aires que, a la sazón, se encontraban tomadas en respuesta a las medidas intervencionistas. Cerca de 8600 docentes elevaron posteriormente su renuncia en la UBA (Sigal 1991:100). El ataque de Onganía, realizado en nombre de "detener la

infiltración comunista", tenía por objetivo real reformar la educación superior a favor de los grupos económicos dominantes, pero generó el efecto no deseado de volcar a las capas medias hacia la oposición militante desde la izquierda peronista y no peronista (Gillespie 1998:90).

<sup>27</sup> El gobierno tripartito (a través de los representantes de los profesores, graduados y estudiantes, los tres claustros universitarios) y la autonomía eran los principios básicos de la institución universitaria, derivados del movimiento reformista de 1918.

<sup>28</sup> El 29 de julio de 1966, mediante el decreto-ley N° 16.912, Onganía anuló el gobierno tripartito de la universidad, y subordinó a las autoridades de las ocho universidades nacionales al Ministerio de Educación, convirtiéndolos en simples interventores.

<sup>29</sup> Creada en 1959, fue una organización que llevó a cabo funciones gremiales, profesionales y científicas.

<sup>30</sup> Véase, por ejemplo, Gillespie (1998:73-118).

<sup>31</sup> Torre, incluso, llega a definirlo en lenguaje psicoanalítico como "parricidio político".

<sup>32</sup> Hacia fines de la década de 1960 comenzó a circular la obra de Franz Fanon. Como se recordará, su trabajo "Los condenados de la tierra" de 1961 plantea expresamente la relación entre opresión política y enfermedad mental, así como las luchas violentas por la liberación como terapéutica.

<sup>33</sup> Puede constatarse esta concepción en el título de una nota publicada en la revista *Primera Plana* de mayo de 1972, titulada "La enfermedad es el capitalismo". Allí, tres psicoanalistas (el emblemático Pichón Rivièrre junto a Emilio Rodríguez y Armando Bauleo, líderes de los grupos disidentes) debatieron sobre las transformaciones que se habían producido en el seno de la APA y las condiciones para vincular el psicoanálisis a las luchas por el socialismo.

<sup>34</sup> Hollander denomina a este movimiento "psicología de la liberación", una perspectiva en la que se aunaban el marxismo y el psicoanálisis, y cuya figura más destacada habría sido Marie Langer. Para Hollander, se trató de un modo de resistencia al capitalismo y a las formas individuales de terapia psicoanalítica (Hollander 1997). La dificultad de su interpretación reside en que adopta acritica y unilateralmente el punto de vista del mundo "psi" que yo llamo "comprometido". Véase el respecto la lectura crítica de Nelson (2000).

<sup>35</sup> En la APA, que se había consolidado durante los años de 1950 como una institución apolítica, comenzó a gestarse una transformación generada tanto por la presencia de un mayor número de psicoanalistas politizados, como por sus mismas restrictivas condiciones de profesionalización que, a la postre, la convertirán en blanco de los cuestionamientos. A mediados de 1969, candidatos jóvenes de varias asociaciones europeas organizaron un congreso paralelo al de la IPA que se llevaba a cabo en Roma. En el transcurso del mismo, e influenciados aún por el clima revolucionario del Mayo Francés de 1968, cuestionaron la formación profesional cerrada de las asociaciones, y su ideología aburguesada pretendidamente neutral. Las reivindicaciones planteadas estaban ligadas a la organización de la carrera analítica, los requisitos de ingreso y la ideología profesional, asumiendo la forma de una "plataforma política"; de allí el nombre del movimiento, "Plataforma Internacional" (Balán 1991:206). Al congreso habían asistido dos jóvenes psicoanalistas argentinos, Armando Bauleo y el ya mencionado Kesselman (discípulos de Marie Langer, Enrique Pichón Rivièrre y José Bleger) que, una vez de regreso a la Argentina, se dedicaron a construir la filial local de Plataforma. Entre sus adherentes contaron con los candidatos y los egresados jóvenes de la APA, aquellos que habían sufrido o aún sufrían las difíciles condiciones para ingresar y formarse en la institución. También contaron entre sus miembros a analistas didactas

como Langer y Emilio Rodríguez, y miembros titulares como Eduardo Pavlovsky. Muchos de ellos estaban participando en la "Federación Argentina de Psiquiatras", una asociación gremial creada en 1959. Durante la década de 1960, la Federación (hasta allí, con una notable presencia de psiquiatras adscriptos al Partido Comunista) vio crecer entre sus filas el número de psicoanalistas; a partir de 1969 –con la presidencia de Rodríguez en la filial de Buenos Aires– se transformó en un órgano de presión sobre la APA, por ejemplo, solicitando apoyo para huelgas hospitalarias (Balán 1991:207). Al poco tiempo, se constituyó otro grupo contestatario de raíces locales. Se denominó "Documento", debido a que se originó en la redacción de un documento en el que se solicitaba la democratización interna de la APA. Tras el Congreso de la IPA realizado en Viena en julio de 1971, donde la delegación argentina concurrió profundamente dividida, los miembros de Plataforma renunciaron a la APA; poco tiempo después, hacia lo propio Documento. Los renunciantes pasaron a trabajar activamente en la Federación Argentina de Psiquiatras, dirigida nacionalmente por Langer.

<sup>36</sup> Como lo ha señalado Robben, "el régimen militar de la Argentina entre 1976 y 1983 ha sido descrito con una serie confusa de nombres, cada uno de los cuales deja traslucir diferentes causas, condiciones y consecuencias imputadas. Los militares han usado términos tales como guerra sucia, guerra anti-revolucionaria, lucha contra la subversión, y Proceso de Reorganización Nacional. Los grupos de Derechos Humanos hablan de terrorismo de estado, represión y dictadura militar. Las ex organizaciones revolucionarias emplean términos usados por los grupos de Derechos Humanos, pero también hablan de guerra civil, guerra de liberación y lucha anti-imperialista. Tanto en el caso de que la violencia de los años 1970 sea descripta con el término de guerra anti-revolucionaria, guerra civil o terrorismo de estado, resulta importante para estos grupos porque cada designación implica un juicio histórico y moral diferente que puede transformar patriotas en opresores, víctimas en ideólogos, y héroes en subversivos" (Robben 1999:139, mi traducción).

<sup>37</sup> Me refiero a la oscilación entre gobiernos civiles elegidos por el voto popular, y gobiernos de facto cívico-militares, entre 1930 y 1983.

<sup>38</sup> Las razones que explicarían el privilegio de lo político como esquema interpretativo de la realidad en la Argentina son complejas, y exceden los límites de este trabajo. No obstante, podemos conjeturar que la índole de un estado-nación basado en el contrato entre ciudadanos, antes que en relaciones raciales, étnicas, lingüísticas o religiosas, resultaría crucial. De todos modos, entiendo que aún esta aseveración no debiera generalizarse, ameritando ser investigadas con cuidado en contextos variados.

\* El presente trabajo constituye una reelaboración de la ponencia presentada el 1 de diciembre del 2003 en la Mesa Redonda "Intelectuales o expertos? Desarrollo, Institucionalización y Conflicto de Intereses desde una Perspectiva Comparada: Brasil y La Argentina", que coordiné junto a Lygia Sigaud (UFRJ), y en la que también participaron Mariano Bem Plotkin (CONICET/IDES-Argentina) y Sérgio Miceli (USP), en la V Reunião de Antropologia do Mercosul, del 30 al 3 de diciembre del mencionado año en Florianópolis, Brasil.